

MORAL Y ECONOMÍA

POR GERMÁN BERNÁCER

Se arguye con frecuencia que la Economía es una ciencia egoísta, inmoral. Tomada literalmente esta aseveración, vale tanto como afirmar que la Física, la Geometría, la Psicología o la Historia Natural son inmorales.

Toda ciencia aspira a darnos una concepción inteligible y ordenada de la realidad, enlazando un cierto linaje de nuestras percepciones dentro de un conjunto armónico que las relacione según sus analogías y por su dependencia causal especialmente. Una ciencia puede ser más o menos verdadera, más o menos exacta, según que sus deducciones lógicas se adapten mejor o peor a nuestras experiencias. Pero aplicar conceptos trascendentes a lo que es una pura construcción intelectual, carece de todo sentido.

Probablemente es otra cosa lo que se quiere decir al dar el calificativo de inmoral a la Economía. Se quiere decir que existe una antítesis entre el concepto de lo económico, influido fundamentalmente por el interés personal, y el concepto tradicional de la Moral, regido por el amor al prójimo, concepto inmanente de lo ético en el que no se ha progresado nada en teoría y más bien se ha retrogradado en la práctica.

Mas ni aun en tal sentido translativo cabe aceptar la proposición que discutimos, porque para ello habríamos de tomar un concepto dogmático del interés personal. Tendríamos que aceptar en principio que, habiendo penetrado las más recónditas esencias de ese móvil de las acciones económicas, sabemos de una manera definitiva que se halla en oposición fundamental con el interés de la colectividad y el de la especie. No negaremos que ello pueda ser así, pero sí que se deba admitir cual una verdad demostrada a manera de dogma.

¿Pues no experimentamos todos los días que, llevados de nuestras pasiones, de nuestros apetitos, de la imprevisión, nos vemos arrastrados a actos de los cuales nos arrepentimos, no por contrarios al bien del prójimo, sino por serlo a nuestro propio bien, que desconocimos en aquel momento a causa de nuestra ceguera o de nuestra ignorancia del verdadero interés personal? ¿Es que vamos a admitir en tal caso que nuestra voluntad se hallaba en oposición con nuestro interés, que no quisimos nuestro propio bien? ¿No es más cierto que, aunque queramos siempre ese bien, lo desconocemos a menudo y obramos contra los principios morales de nuestro personal interés? ¿Quién nos dice que no es ese el caso también cuando, obedeciendo a nuestro egoísmo, actuamos en contra del bien del prójimo, que, según el Evangelio, hemos de querer como el de nosotros mismos?

Nos cuesta creer que el Mundo al que dió vida

la piú alta Sapienza, il primo Amore contenga una desarmonía esencial, una antinomia irresoluble entre el bien propio, que rectamente entendido es una parte de la Moral—la que abarca los deberes para con nosotros mismos—y el bien del prójimo, tan solidario a menudo del individual nuestro.

Puestos a dogmatizar, preferimos aceptar el dogma de nuestra ignorancia fundamental, admitiendo que la oposición aparente entre el bien propio y el ajeno, que suele ser oposición entre el bien material y el moral, nace de que no hemos llegado a penetrar cuál es nuestro verdadero interés, y que, a medida que logremos ahondar su esencia,

hallaremos que no hay entre aquéllos la oposición que creyéramos.

Mas no es nuestro propósito hacer aquí una disertación filosófica, más o menos pedestre, sino aducir algunos ejemplos por los que puede verse que Moral y Economía, lejos de ser opuestos, se hallan íntimamente trabados en su desarrollo.

Se especula ordinariamente como si existiera un régimen económico óptimo, al cual debemos tender independientemente de hombres, circunstancias y lugares. Esto es falso, causa y producto a la vez de ideas partidistas que llevan a intransigencias estériles y perniciosas. Un régimen económico no es bueno ni malo en sí; lo es tan sólo en relación con los hombres que han de formar su alma viva.

Los regímenes más absurdos no lo son sino en tanto admitimos implícitamente que resultan inadecuados para los hombres que conocemos; no lo serían si postulásemos en las agrupaciones que los han de practicar cualidades apropiadas.

Ciertas escuelas sociales han propugnado, por ejemplo, un régimen basado en el principio: "De cada cual, según sus fuerzas; a cada cual, según sus necesidades." La realización de ese principio nos llevaría a una especie de comunismo, que no es bolchevismo precisamente. Si se consiguiese que todos y cada uno de los individuos de una colectividad ejercitaran su esfuerzo productivo en la medida de lo que son capaces, y luego consumieran en la medida equitativa de sus necesidades, tendríamos un régimen social que seguramente sería poco progresivo, mas con un contenido de equidad indudable.

Tal régimen no sería nada antieconómico, porque, esforzándose todo el mundo en producir y vedándose a sí mismo abusos en el consumo, las fuerzas se aprovecharían al máximo, y la abundancia reinaría en cuanto cabe.

Lo malo viene cuando se considera que las fuerzas y las necesidades de cada uno sólo el propio individuo puede calibrarlas. Para que la fórmula obrase justamente, sería menester dejar al libre albedrío de cada cual lo que tenía que trabajar y lo que le era permitido consumir. Bajo el supuesto de contar con hombres de tan fuerte moral económica que considerasen como un crimen, vergonzoso, cual una traición contra sus semejantes, el transgredir las normas prudenciales del consumo o sustraer parte del esfuerzo debido, un régimen de ese tipo sería altamente ventajoso en cuanto simplificaría mucho la organización distributiva y ahorraría una gran parte del trabajo que se gasta en operar el reparto de la producción.

Sólo cuando medimos la distancia que media entre esos seres angelicales, justos y generosos, y los hombres perezosos y egoístas que constituyen el tipo común, es cuando echamos de ver lo absurdo y utópico de tal régimen ideal.

Si para adaptarlo al tipo de hombre real, se comienza a establecer limitaciones, reglamentaciones, intervenciones, vigilancias, inspecciones, controles, sanciones, etc., los supuestos beneficios y facilidades que cabe atribuirle, desaparecen con creces. En lugar de un sistema de facilidad, de libre albedrío, de economía de esfuerzo, obtenemos fatalmente un sistema carcelario y tiránico, corroído por el burocratismo y la corrupción, ineficaz e injusto. Esta fatalidad

explica en gran parte la evolución del bolchevismo que, partiendo de una utopía, ha desembocado en un despotismo riguroso, de linaje a la vez económico y político. Para venir, en fin de cuentas, a parar en reconocer que sólo se consigue estimular adecuadamente las energías económicas introduciendo más o menos solapadamente el principio de dar a cada cual según su eficacia productora. (Stajanovismo, obreros privilegiados, de choque, etc.).

Sólo que este último principio no es universalmente aplicable. Si a cada uno se diera sólo en razón de lo que es capaz de producir, ¿qué sería del niño, que nada puede producir y necesita todos los cuidados y atenciones; qué del enfermo, del imposibilitado, del inválido, que acaso es benemérito de la Patria?

La norma de "a cada cual según sus necesidades" es aplicable sin excepciones. La de "a cada cual según su capacidad" necesita todas las limitaciones que impone la Naturaleza, la humanidad, la justicia, la caridad cristiana y, en último resultado, los intereses supremos de la colectividad.

Aquella primera norma que es utopía en la sociedad, está tan lejos de serlo en cuanto se dan las premisas necesarias, que la vemos realizada por doquier en nuestro derredor desde los tiempos más remotos, pues es nada menos que la base de la constitución de la familia, la institución más antigua e inmanente en la historia del hombre. En la familia, según el principio comunista, cada cual trabaja según sus fuerzas y recibe en proporción de sus necesidades, trabajo o no.

¿Qué es lo que hace esto posible? El nexo de los afectos familiares y de leyes morales que son más vivaces y arraigadas en el orden familiar que en los otros órdenes de relación social. En cuanto ese nexo, por cualquier causa, se debilita, la familia se escinde y desorganiza. Por eso el hogar no suele extenderse más allá de los vínculos de sangre más inmediatos, sobrepasados los cuales, los lazos afectivos y morales son insuficientes para dominar sobre el interés económico. Sabido es de qué modo la vida moderna, debilitando los lazos de convivencia, está obrando desdichadamente en pro de la disolución familiar.

En la tribu primitiva, prolongación indudablemente de la familia como la gens romana, es decir, agrupación de origen generativo y no político, el principio comunista subsiste todavía en gran parte, gracias a la fuerte y respetada autoridad del patriarca. Así y todo, la tribu no alcanza extensión grande; pronto, al exceder límites no muy vastos, se escinde en grupos autónomos. Compréndese que ni en la ciudad antigua, formada ya de la aglomeración de muchas gens, ni menos todavía en la nación moderna, el comunismo sea una doctrina realizable; en ellas, no ya la colaboración, la simple convivencia ¡ay! no es cosa siempre resuelta.

Todavía tenemos otro ejemplo, aparte de la familia, de realización del principio comunista, éste de tipo más voluntario: la comunidad religiosa. El nexo aquí es la hermandad cristiana, la unión mística. Se concibe claramente que una profesión de fe hondamente sentida que se inspira en ideales de renunciamento y desprecio de los bienes materiales, de sacrificio en bien del prójimo, es muy adecuada para dar origen

a vigorosas agrupaciones de tipo comunista, a condición de que no se infiltren otros sentimientos más dominantes en el mundo. Si esto llegara a ocurrir, la comunidad se derrumbaría, y no dudamos que la Historia ofrece ejemplos de una y otra cosa.

Es curioso notar de pasada que el bolchevismo se ha esforzado en destruir las dos únicas instituciones en que el comunismo verdadero es posible. Esta paradoja se explica—aparte de la tendencia corrosiva sobre todo lo tradicional y religioso—porque el Poder no tolera competencias; si bien el fuerte lazo que une los individuos a una familia o a una congregación, posibilita la realización de la fórmula comunista dentro de ella, ese mismo lazo constituye una fuente de egoísmo de la agrupación frente al conjunto de la sociedad. Tal fenómeno, muy natural, no demuestra que tales instituciones sean indeseables, sino la imposibilidad de realizar el sistema en colectividades muy amplias en que falten lazos de solidaridad bastante fuertes entre sus componentes, solidaridad no sólo real sino sentimental.

Dejando esta digresión de matiz un tanto sociológico, vengamos a un ejemplo más genuinamente económico y actual: el experimento alemán.

Los promotores de la actual Alemania se encontraron, hace casi una década, con el hecho de unos siete millones de parados y una nación que no había logrado rebacerse dentro de las condiciones que se le habían impuesto. Ese problema del paro era un duro problema cuyas causas la ciencia económica discutía y discute apasionadamente. No era posible esperar a un dictamen conclusivo, y ante ello los dirigentes tudescos adoptaron una posición pragmática. Bueno—parece que se dijeron—, dejemos de discutir. El caso es que hay siete millones de parados y muchas cosas que hacer; prescindamos de las causas, y pongamos esos brazos a que hagan las cosas que hacen falta: caminos, edificios, fábricas, inventos, sustitutos, armas, fortificaciones, etc.

Esto en principio era sencillo, pero requería una técnica. Esa técnica fue algo complicada en la forma: en el fondo se redujo a crear crédito que permitiera a las industrias funcionar dentro del sistema económico existente, crédito que fue luego convirtiéndose gradualmente en instrumentos monetarios, los cuales proveyeron el medio circulante necesario para que pudiera distribuirse la masa acrecentada de riqueza producida. Las demandas las suministró el Estado y la propia multitud consumidora a medida que fue absorbiéndose el paro. La cuestión, como siempre, consistía en iniciar el arranque.

La parte más delicada del asunto era que, en tales casos, antes que un aumento de producción, o simultáneamente con él, suele sobrevenir un incremento importante de precios, sobre todo si la producción encuentra obstáculos a desarrollarse a medida de la demanda, de suerte que el aumento de medio circulante, en vez de servir beneficiosamente a un acrecimiento de la producción, se emplea perniciosamente en un aumento del coste de la vida. En las condiciones particulares en que vivía Alemania, esto era tanto más de temer cuanto que no disponía de fáciles medios de aprovisionamiento del exterior en alimentos y materias primas.

Y aquí está la parte verdaderamente original del experimento. Férreamente sujeta la divisa nacional en el exterior por un complicado sistema de cambios intervenidos, los dirigentes de la política económica se propusieron frenar toda alza de precios mediante un riguroso control de ellos y un racionamiento estricto de las subsistencias y materias fundamentales. A lo que permiten juzgar los datos estadísticos y las referencias (información de visu no tengo), el ensayo

ha tenido éxito. Los precios no subieron sensiblemente, y el aumento considerable de la circulación (de 4.000 a 13.000 millones en cifras redondas desde fines de 1930 a fines de 1940) ha sido absorbido casi totalmente por el incremento de la producción, y en todo caso por el atesoramiento, que no debe ser importante.

¿Cómo ha sido posible esto?

Aquí viene la virtualidad del ejemplo para la tesis que quiero ilustrar. Se ha conseguido por la ejemplar disciplina del pueblo alemán, por su plasticidad para ser regido, cualidad quizá innata, que se ve fortalecida por un ideal nacional que sólo podía realizarse pagando un costoso precio. Alemania ha comprendido que había que pagarlo, y lo ha querido pagar.

¿Podría haber realizado lo mismo otro pueblo que no poseyera en tan alto grado aquellas cualidades morales, que podrán ser estimadas diversamente por amigos y enemigos, pero constituye un hecho indiscutible que sólo por haberlas tenido ha podido desplegar la eficacia de que está dando muestras?

De estos varios ejemplos, que establecen un nexo entre las cualidades morales y la economía, creo que pueden derivarse algunas consecuencias interesantes.

La primera es que el alma del hombre no es un conjunto de compartimentos estancos en que se pueda separar lo económico, lo moral, lo intelectual, lo pasional, etc. Aunque por razón de método nos convenga hacer estas clasificaciones, cuando de la actuación del hombre viviente se trata, no podemos mantener separaciones absolutas; tenemos que restablecer esa unidad espiritual sin la cual el hombre no es el Hombre, sino un artificio caprichoso de cuyo hipotético comportamiento sólo podemos derivar consecuencias engañosas.

Por eso y no por otra cosa, el *homo oeconomicus*, el hombre de una sola dimensión, la del egoísmo personal, mediante el cual se pretende construir una especie de geometría económica, constituye un pobre recurso contra el cual nada hemos de decir si no se le da más importancia que la del juego de ajedrez. El *homo oeconomicus* es algo tan absurdo como sería un *homo ferrarius* integrado por sólo dos brazos empuñando un martillo, o el *homo cogitans*, constituido exclusivamente por un cerebro pensante sostenido por cañas.

El segundo corolario de nuestra tesis es que crear un orden económico nuevo presupone crear un clima moral consonante—si no preexiste ya—, mediante resortes suficientemente fuertes para obrar sobre quienes lo han de animar, bien sean resortes de orden religioso, de orden patriótico, idealista, de orden espiritual, en suma. Si eso no es posible, hay que resignarse a un régimen adecuado al nivel moral medio del país.

Según esto, la Moral no está determinada por la Economía, como pretende el materialismo histórico, sino a la inversa. Nuestra tesis es la antitesis de la de Marx, aunque en verdad hay toda una serie de interacciones y de influencias mutuas, tan complicadas en la Historia como lo son en el espíritu humano.

La Historia, espejo del orto y ocaso de naciones e imperios, empujados hacia su apogeo por la feliz conjunción de un régimen económico y político con el clima moral de un pueblo, y abocados a su declinar cuando su moral se relaja o la evolución trae cambios que exigen una transformación moral que no se realiza, creo que nos da una lección al respecto. Esto no es inventar nada; es reproducir una tesis corriente en la Filosofía de la Historia, que yo sólo pretendo exornar aquí con algunos ejemplos sacados de la Economía: la tesis que podríamos llamar

moralismo histórico, por oposición al materialismo marxista.

Hoy mismo, lo que existe de más hondo en la actual crisis del mundo, es una desarmonía entre el enorme adelanto material y un estado moral que no ha progresado o que ha retrogradado, de donde nace un conflicto de fuerzas que amenaza arruinar la civilización.

El mayor pecado del régimen que se ha dado en llamar capitalista—aunque el capitalismo sólo ha llevado a su extremo un mal de origen más remoto—consiste en que no promueve el progreso moral en armonía con el material; antes bien, a medida que éste se desarrolla, la moral de los pueblos parece debilitarse, socavada por iniquidades e injusticias. Una de las más demoralizadoras que el régimen capitalista fomenta es el paro, que impide a los hombres ganar el pan con el sudor de su frente, según el precepto divino. Si se agrega a esto el contraste entre el lujo y la miseria, la excesiva acumulación de riquezas junto a la absoluta privación, se comprende que, lejos de estimular sentimientos de amor al prójimo, enciende odios y rencores contrarios a la hermandad y convivencia de los hombres.

El magno problema que tiene planteado la Economía, de un modo muy agudo, desde hace más de un siglo, es encontrar un régimen que, adaptándose a las condiciones morales del hombre medio actual, favorezca su progreso moral, arraigando en él sentimientos de solidaridad, solidaridad que realmente existe, porque el bien de cada uno sólo puede obtenerse con el bien colectivo, pero que se halla disimulada por los efectos de un sistema económico que hace parecer encontrados los intereses de unos y otros, y enciende todas las luchas. Únicamente de aquel modo se podrán crear fuertes sentimientos morales que sean sólidos nexos nacionales y humanos.

Si nos resignamos a admitir que los motivos de rivalidad son esenciales e irreductibles, hay que renunciar para siempre a la paz, y nuestra cultura se anegará cada día más en una contradicción irresoluble y sin esperanza.

Dificultades de transporte en Inglaterra

La prensa económica inglesa pone de manifiesto constantemente las dificultades de transporte que existe en aquel país, por lo cual frecuentemente grandes sectores no pueden ser suficientemente abastecidos de materias primas para su industria, así como de carbón y víveres para la población. El 19 de junio el "Board of Trade Journal" reveló el motivo. Según una declaración del director general del ministerio de Transportes de Guerra, durante 1940 los accidentes ferroviarios se elevaron a 453, contra 358 en 1939. Si a estos accidentes se añaden los destrozos causados por la actuación de la aviación alemana, se comprende perfectamente las dificultades de transporte en Inglaterra.

Suministro de acero alemán para Francia.

Para el cumplimiento de los encargos hechos a fábricas francesas se ha declarado Alemania dispuesta a suministrar grandes cantidades de acero a Francia. Los suministros han empezado ya. De parte alemana se toma en consideración el hecho de que el acero de que dispone Francia se necesita enteramente para cubrir las necesidades francesas.

"ECONOMIA"

Teléfonos: 14366 - 31986
FONDO DOCUMENTAL

José María Zorrilla